



# Y Cortázar ya estaba ahí

Andrés Vergara Aguirre

Cuando comenzó el llamado *boom*, aquel fenómeno editorial y publicitario que a partir de la década de los sesenta les trajo fama y prestigio a un puñado de escritores latinoamericanos cuyas obras comenzaron a ser publicadas por las editoriales españolas y a ser traducidas y reproducidas en otros países europeos, en un estallido literario sin precedentes para nuestros países hispanoamericanos, Julio Cortázar ya estaba ahí.

Entre los cuatro escritores más sobresalientes de aquel *boom*, Cortázar era el mayor de todos: García Márquez nació en 1927; Carlos Fuentes, en 1928; Vargas Llosa, en 1936; Julio Cortázar había nacido en 1914, y como lo muestran distintos testimonios, a través de sus primeras obras se convirtió en un inspirador de otros jóvenes escritores. Sus fantásticos juegos con el lenguaje, sus exploraciones en la narración y sus quiebres a las lógicas de la realidad, por ejemplo, fueron reveladores para unos muchachos que apenas se iniciaban en la escritura y que pronto se convertirían en renovadores de la literatura.

Tita Manotas, viuda de Cepeda Samudio, me contó que cuando los miembros del Grupo de Barranquilla invitaron a Cortázar a la Arenosa en los años sesenta —entonces ya había obtenido cierto reconocimiento—, él se mostró sorprendido de que este grupo hubiera leído sus rela-

tos en una época en que todavía era muy desconocido, aun en su propio país. Ante su incredulidad, tuvieron que mostrarle la primera edición de *Todos estábamos a la espera*, el primer libro de cuentos de Cepeda Samudio publicado en 1954, en cuya solapa se expresaba admiración por el autor de *Bestiario*.

En verdad, el Cortázar escritor ha tenido un gran impacto en muchos lectores e incluso en otros escritores, y eso ya ha sido reconocido con suficiencia; pero Cortázar, el ser humano, siempre fue un personaje genial y sorprendente para sus amigos. Una muestra de ello fueron las evocaciones que de él hicieron García Márquez y Carlos Fuentes cuando recordaron un viaje juntos.

En su evocación, Fuentes lo recordó hablando de literatura, “agotando los conocimientos sobre novela policiaca en un largo viaje de París a Praga en 1968. [...] Sentados en el bar del tren, comiendo salchichas con mostaza y bebiendo cerveza, oyéndole recordar la progenie del misterio en los trenes, de Sherlock Holmes a Agatha Christie a Graham Greene a Alfred Hitchcock... lo recuerdo”.

Por su parte, García Márquez evocó otra escena de aquel viaje, pero curiosamente también hizo énfasis en la cátedra que les dio Julio Cortázar sobre música, como una manera de confirmar el asombro de ambos escritores por la gran erudición



del autor de *Rayuela*: “A la hora de dormir, a Carlos Fuentes se le ocurrió preguntarle a Cortázar cómo y en qué momento y por iniciativa de quién se había introducido el piano en la orquesta de jazz. La pregunta era casual y no pretendía conocer nada más que una fecha y un nombre, pero la respuesta fue una cátedra deslumbrante que se prolongó hasta el amanecer, entre enormes vasos de cerveza y salchichas de perro con papas heladas. Cortázar, que sabía medir muy bien sus palabras, nos hizo una recomposición histórica y estética con una versación y una sencillez apenas creíbles, que culminó con las primeras luces en una apología homérica de Thelonius Monk”.

Por su parte, Vargas Llosa, el benjamín de aquellos cuatro del *boom*, al evocar su primer encuentro con Cortázar en 1958, cuando él apenas tenía veintidós años, contó que además de su gran inteligencia lo asombró su aspecto juvenil, que hizo que algunos lo consideraran una nueva versión de Dorian Gray: “Parecía mi contemporáneo y, en realidad, era veintidós años mayor que yo. Durante los años sesenta, y, en especial los siete que viví en París, fue uno de mis mejores amigos, y, también, algo así como mi modelo y mi mentor. Yo admiraba su vida, sus ritos, sus manías y sus costumbres tanto como la facilidad y la limpieza de su prosa y esa apariencia cotidiana, doméstica y risueña, que en sus cuentos y novelas adoptaban los temas fantásticos”.

Como puede advertirse en estos testimonios, Cortázar fue para los otros grandes del *boom* una inspiración, fue mentor y maestro.

Ahora descendamos de la cresta de aquella gran ola literaria y volvamos al mundo

terrenal. Para mí, Julio Cortázar siempre ha sido uno de los autores más asombrosos. Desde las primeras lecturas de sus relatos me ha causado un gran impacto la facilidad con la que en un lenguaje aparentemente tan simple escribe aquellos mundos imposibles, extraños, llenos de misterio como era él mismo, según han contado sus amigos, que lo han descrito incluso como un eterno extranjero. Sus relatos son juegos geniales que al final de la lectura casi siempre nos dejan llenos de preguntas difíciles de resolver, o de hondas reflexiones frente a sus duros planteamientos sobre la condición humana, como el compendio de ironías en sus *Historias de Cronopios y de Famas*.

Hay dos relatos que de cierto modo me dejaron atrapado en el universo cortazariano: el primero me asalta con una pregunta a la que no pretendo encontrarle respuesta: ¿quiénes son aquellos misteriosos seres que se van tomando el lugar y que terminan desplazando a los habitantes de “Casa tomada”? El miedo y la fascinación siempre están presentes en mi lectura de este cuento. El otro también es muy especial para mí: cada que vuelvo a leerlo, cada que lo recuerdo, vuelvo a sentirme acorralado y después, paradójicamente exiliado para siempre, cuando al fin se abre la salida en aquella mágica “Autopista del sur”.

Andrés Vergara Aguirre es Comunicador Social-Periodista y magíster en Literatura de la Universidad de Antioquia, donde se desempeña como docente, con doctorado en Historia de la Universidad Nacional de Colombia —Sede Medellín—. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.